

***De las trincheras de la guerra a las trincheras de la ciencia:
las batallas perdidas del saber disciplinario***

**Conferencia dictada el 17 de Mayo del 2012
en el marco de las celebraciones por el Día del Psicólogo
en la Escuela de Psicología
del Instituto Vocacional Enrique Díaz de León**

**Mtro. Orión Arturo Flores Camacho
Instituto Superior de Investigación y Docencia para el Magisterio
Secretaría de Educación Jalisco**

1. Las trincheras de la guerra

La más elemental estrategia de combate dice que, para abatir más fácilmente a un enemigo poderoso, se han de abrir numerosos frentes de batalla que lo obligarán a dividir sus fuerzas, lo cual lo llevará a sucumbir, ya sea de cansancio por la falta de tropas de refresco, o aplastado por unas fuerzas que de tan bien racionadas parecen eternas. Valga la bélica metáfora para entender el ritmo de nuestro tiempo y nuestro mundo hoy. ¿Quién es ese enemigo atacado tan formidablemente desde tantos frentes? Nosotros, la raza humana, el culmen de la evolución. ¿Y quién coordina la andanada? Una realidad que se nos impone, orillada hasta este estado de las cosas por, oh sorpresa, nosotros mismos.

Menudos tiempos los que nos ha tocado vivir. Permítaseme profundizar en las metáforas de contenido bélico: estamos rodeados por una guerra de alta intensidad, y no sólo me refiero al frente interno, el propio de nuestro país, abierto por la lucha contra el crimen organizado por las fuerzas de seguridad pública, ni a los otros tantos frentes materiales en los que la vida humana se ve amenazada por la violencia armada (la guerra contra el terrorismo, las guerras civiles que destazan desde sus adentros a una ya de por sí desgarrada África, las guerrillas sudamericanas, los regímenes persecutorios y totalitarios, y así un largo etcétera). Es una guerra que se pelea en trincheras tan disímolas como las de la economía, la política, la cultura, las artes y las del orden social actual, empezando por ese supuesto “concierto de las naciones” que a principios del siglo XX servía muy bien para armonizar (forzadamente) a unas naciones que no veían el momento para atacarse entre sí, a esa Europa desgarrada por pasiones de realeza o de expansionismo, la misma que por alguna razón fue y sigue siendo el faro del mundo occidental, el modelo social al que las naciones modernas aspiran, la economía común ejemplar. Si, ahí están las evidencias, pero también está la tragedia griega que un día nos quita el sueño y otro también (y si no lo hace, debería: qué espejo tan perfecto en el cual verse), el abismo del Euro, la debacle española (la vieja metrópolis, ¡cómo puede ser!), la puesta en duda de derechas e izquierdas, el regreso de los radicalismos por la vía electoral. Y de este lado del Atlántico las cosas no pintan mejor, con un poderoso vecino cada vez más empecinado a encerrarse en sus adentros (la ejemplar nación estadounidense empieza a acusar síntomas de vejez), y una realidad tan continua y permanente como la línea que une a Tijuana con Tierra del Fuego: pobreza, exclusión, marginación, desigualdad, violencia, muerte.

Lo dicho hasta ahora no debe resultarnos nuevo, es cosa de todos los días en los noticieros. Estamos presenciando como las estructuras sociales fundadoras de la modernidad (Estado, Identidad, Iglesia, Familia, Educación, Ciencia, todas con mayúscula inicial) empiezan a desarrollar reumas y dolores terribles en las articulaciones. Además se están quedando vacías, ¿quién querría quedarse ahí, si éstas ya no sirven para nada? Instituciones concha, diría Touraine (2006), fachadas que aparentan fuerza estructural pero que esconden grietas y goteras. Cada vez más su carácter es cosmético y hasta cierto punto romántico: nos recuerdan que alguna vez estuvieron ahí *en sí*. Pero eso es sólo por las estructuras, que de tan grandes su caída resulta ser escandalosa. Hay una dimensión de las cosas mucho más discreta pero en la cual, creo, se gestan las más terribles convulsiones que se padecen en nuestro tiempo. Si hemos hablado hasta el momento de las estructuras y su eminente colapso producto de una realidad vertiginosa, es porque eso sirve de telón de fondo para analizar y comprender las consecuencias de esto que retumban hasta el orden de la intimidad, la *psique*, el endogrupo, las interacciones cotidianas, los símbolos y significados que otrora nos unían y que hoy, parece, se han perdido. Si los abismos macroestructurales se antojan irreversibles, imaginemos la magnitud y gravedad de los que se padecen en la esfera de lo microsocioal.

Tratemos de ponerle un nombre estos tiempos en los que ser un individuo es peligroso *per se*. Podríase proponer, en consonancia con Castel (2010), que estamos en la era del ascenso de las incertidumbres, en donde la vieja premisa marxista que reza “todo lo sólido se desvanece en el aire” (Marx y Engels, 2001:31) se hace más vívida que nunca. ¿Qué es lo sólido? La sociedad que tenemos, con su forma, sus tótems y avatares que nos exigen sacrificio en forma de trabajo remunerado, es “lo sagrado”, es “la verdad”, “el camino”. No hace falta irse tan lejos para encontrar las formas en que este discurso se materializa en la vida diaria, esa solidez imperecedera de la vida misma se encontraba bien presente en las recetas de los antiguos para tener prosperidad económica y laboral: estudia mucho, consigue un buen trabajo, retírate y vive bien. Palabras más, palabras menos, el mantra es por todos bien sabido, todavía nuestros padres lo alcanzaron a vivir como una realidad con buen grado de presencia. ¿Podemos nosotros, hoy en día, sostener que tal camino *es*? Ni lejanamente. Por todos lados nos llueven recordatorios que nos exigen acumular más y más grados académicos con la esperanza de...nada. Las promesas fundacionales de la era moderna (a saber: trabajo, subsistencia y reproducción de las clases sociales) han fallado casi totalmente. Hoy en día es imposible saber nada. La incertidumbre es el único estado social que se conoce bien a bien en nuestros días. “Todo lo sólido se desvanece en el aire” es una metáfora, diría Berman, de la profanación de lo más sagrado de nosotros, una evocación de “el drama y el trauma histórico que está ocurriendo”, del cual no sólo somos sujetos, sino también objetos, al desaparecer nuestra humana condición con todo lo evanescente (Berman, 2004:84). Y al desaparecer nosotros como condición, desaparece toda la regalía de accesorios que adornaban a nuestra esencia: trabajo, identidad, cohesión, solidaridad, ciudadanía, libertad.

¿Qué somos? Con tanta incertidumbre, no sólo es imposible saberlo, puede hasta resultar ocioso, pues el detenerse un momento a pensar en esto nos saca en automático del mercado, de la

competencia, del ambivalente mercado laboral contemporáneo que nos invita a entrar a él sin nada seguro más que lo peor. Si es imposible en tal estado de las cosas preguntar qué somos, tal vez valga la pena preguntarse *para* quién somos, sólo para darnos cuenta que si somos, o al menos existimos, para la mercadotecnia y su perfecta máquina de consumo, esa “sociología sin sociólogos”, como dicen que dijo un día Bourdieu. La naturaleza humana y la naturaleza social son las primeras víctimas de esta guerra sin límites. “No somos nada”, gritaría el tremendista, y tal vez tenga razón. Ya no nos define el trabajo, porque este es desechable y accesorio (a veces en proporciones ridículas), no nos define la religión a la que pertenecemos porque la descubrimos imperfecta, no nos vemos reflejados en nuestras familias pues están atravesadas por externalidades que de tan públicas se convierten en íntimas, nuestros equipos deportivos tradicionales nos fallan y no nos dan identidad, ¿qué nos queda? Refugiarnos, como bien ya anticipaba, en el consumo, en la reconfortante homogeneidad cultural del consumo, en esta novísima ética (en tanto forma-de-ser-y-forma-de-hacer individual) del “dime qué compras y te diré quién eres”, de irle al *Barsa* o al *Real*, que aunque simplista explica la forma en que grandes colectivos de individuos (ojo, individuos) se definen. ¿Y los que no? Son los nuevos desterrados hijos de Eva, los nuevos pobres, los del consumo roto, definidos por su imposibilidad crónica de integrarse al mercado (Bauman, 1998).

Sin embargo este mundo evanescente en el cual nos diluimos hasta nosotros mismos no es más que producto de nuestros propios afanes. El actual estado de las cosas es la creación más perfecta de la sociedad contemporánea. Marx y Engels decían, con no menos dramatismo que en lo anteriormente citado: “las armas de las que se sirvió la burguesía para derribar al feudalismo se vuelven ahora contra ella” (2001:37). Aquí hablaban, en primer lugar, de la técnica que revolucionó a los medios de producción y que hizo establecer una nueva era en la historia del ser humano en donde las certezas se acumulaban por montones, y el que nacía pobre podía tener la clara certeza de que moriría pobre y los que le siguieran también, y que el rico lo sería por generaciones y generaciones. Luego, como tal estado de las cosas resultó ser poco funcional (los obreros pobres no se conformaron con “subsistir”, sino que empezaron a aspirar a más, con lo que nació la clase media, poniendo efectivamente esos avances contra sus creadores), se creó una nueva herramienta de orden social, el consumo del que ya se hablaba como agente democratizador e igualador de las sociedades: ¡todos pueden participar de él, a meses sin intereses y abonos facilitos! El problema es que, siguiendo con la argumentación previa, este se puso en nuestra contra, convirtiéndose *de facto* en el factor cohesionador de las sociedades contemporáneas. Y así, claudicamos ante la presencia magnífica y exquisita de los catálogos con ofertas y ventas nocturnas al por mayor, como si en plena batalla no sólo sacáramos la bandera blanca de la rendición, sino que además nos ofreciéramos alegremente para engrosar las filas del otrora enemigo, deteriorándonos más y más en el proceso, y condenando a todos los que están en las periferias de esta modernidad adversa a un estado cada vez más deplorable.

Esa es la guerra de todos los días, esas son sus trincheras, sus líneas de fuego y sus largas zonas grises y negras que actúan como *tierra de nadie*. Peculiarmente, desde lejos, como si fueran ajenos a estos ires y venires, están quienes observan con sorpresa y desdén las múltiples dolencias

de este mundo. No son la avanzada ni mucho menos la primera defensa en reagrupamiento ante las embestidas de la realidad. Ni siquiera son tropas de refuerzo, pues se asumen “diferentes”. Son observadores, ensayistas, especuladores de todo tipo, con membretes tan absurdos y vacíos como mucho de lo que intentan dar cuenta: son el antropólogo, el sociólogo, el psicólogo, el politólogo, el historiador, el filósofo. Son los científicos sociales y los humanistas que enfundados en el espíritu de la ciencia decimonónica, se permiten abstraer de la realidad para hacer mejor su trabajo. Vaya cosa.

2. Las trincheras de la ciencia y las batallas perdidas del saber disciplinario

La cultura popular y los medios son pródigos a la hora de proporcionar visiones sobre la realidad que se convierten a la postre en comunes denominadores de todo cuanto nos pasa. Hagamos un rápido examen, que además viene muy bien para el punto que estamos intentando aclarar. ¿Cuál es la imagen común que se tiene de un científico en películas, series televisivas o caricaturas? La de un hombre enfundado en bata, que habla un idioma inexpugnable, lleno de tecnicismos y conceptos oscuros, visiblemente alterado o en vías de estarlo, con una incapacidad crónica de socializar (con quien sea, aunque con miembros del género opuesto es aun peor) y de interpretar y actuar en la realidad si no es a través de una teoría, un concepto o un libro. Esta imagen, que se difunde a lo largo y ancho de la sociedad, resulta ser muy aceptada porque los científicos, sea cual sea su rama de desempeño, suelen comportarse tanto individual como colectivamente de esa manera. La imagen común se radicaliza cuando se habla del sociólogo, el psicólogo o el humanista en general, al agregar en el catálogo de cosas y exquisiteces prácticas que van de lo ilegal (el consumo de estupefacientes para la apertura de la visión y la comprensión más completa de la realidad), lo inmoral (*ídem*, más el empleo de prácticas consideradas “poco científicas” o que no constituyen un “trabajo verdadero” como la simple observación etnográfica o la entrevista psicoanalítica) y lo que engorda (aunque esto hay que ponerlo en duda, por lo estrecho del campo laboral de nuestro grupo profesional).

La ciencia, con estos antecedentes, no puede concebirse más que como una tribu de iniciados a la cual sólo unos cuantos pueden aspirar a entrar. Es una de esas estructuras clave para entender el mundo moderno de las que se habló anteriormente, cuyo principal objetivo era (y es, seguramente) la generación de nuevo conocimiento para el desarrollo humano. Sin embargo, como todas esas estructuras surgidas en las postrimerías del capitalismo industrial, está entrando en crisis por uno de sus aspectos fundacionales, el cual es, precisamente, la objetividad y la búsqueda de la verdad. Y eso, por cierto, no es culpa de la ciencia, sino de los científicos.

¿Por qué esa visión tan limitada?, diríamos. La ciencia, y sobre todo la encargada del estudio de lo social y lo humano, es mucho más que eso, también diríamos. El problema no es eso, sino lo que esconde tras de sí: un sistemático alejamiento de la realidad por parte de quienes estamos preparados a comprenderla. ¿Dónde están puestas las trincheras de la ciencia? Lejos del fragor de la batalla, en una especie de espacio alterno, de suspensión social y existencial: el científico *deja de ser* algo (padre, madre, ciudadano, lo que sea) para poder ser científico. “En un lejano lugar retacado de nopales”, diría Rockdrigo. No generalizo, por su puesto. No pasa un solo día sin que

haya avezados investigadores que se lanzan a la conquista de esas zonas grises y negras del conocimiento, sin embargo estas actitudes son escasas y no están lo completamente difundidas en las universidades y escuelas profesionales para que podamos hablar de una tendencia. Ahí estamos ubicados en el mapa de esta compleja realidad. De las primeras cosas que escuchamos al entrar al claustro académico de la ciencia social y humana, están la búsqueda afanosa de la objetividad científica, el desapasionamiento, la neutralidad y el alejamiento de los sujetos de estudio en una tendencia que se matiza y recomienda al investigador en ciernes, no sin cierto tufillo positivista, a que el investigador mantenga cierta distancia de sus sujetos de estudio con tal de no hacerse ni muy militante pero tampoco muy ajeno a su cotidianidad.

Este alejamiento toma rango de institución institucionalizada, de *doxa* inquebrantable, en la medida en que se repite y consolida como la práctica científica socialmente aceptada. Es un mundo alterno con sus propias reglas de estructuración. Así como en nuestro país existe en el mundillo de la literatura, al menos metafóricamente, una “República de las Letras”, con sus propias autoridades, leyes (no escritas), ritos y cadencias (la cual se vivifica en cotos de poder, alias “revistas literarias”), podría afirmarse que también existe una “República de las Ciencias”, en donde los reputados y con carnet de afiliación (beca del Conacyt, reconocimiento universitario, o al menos título profesional con cédula en trámite) discurren elegantemente por los pasillos de congresos y simposiums obteniendo el reconocimiento y aplauso del respetable, la mayoría de las veces conformado por estudiantes e investigadores en formación, quienes van y reproducen tales esquemas, o al menos aspiran a hacerlo.

El confort de la Academia es innegable para los consumados, el problema es que esta actitud científica abrazada por algunos y deseada por otros tantos no hace otra cosa más que alejarnos del espacio en donde se están fraguando los conflictos que pueblan y le dan forma a nuestros tiempos. La búsqueda afanosa de La Verdad (así, con mayúsculas iniciales) implica construcciones teóricas y metodológicas tal vez sostenibles en lo científico, pero muchas veces incapaz de dar respuesta a los cuestionamientos éticos más básicos. Tan sólo por apurar un ejemplo, ahí está la forma en que se construye la mayoría de las veces el objeto de estudio y los sujetos que lo componen. ¿Quiénes son éstos? Unos perfectos ajenos. Son “otros” sobre los cuales no se sabe mucho. Pero esos otros son, insisto, ajenos, diferentes en esencia y contenido. Son marginales al conocimiento establecido, así se les reifica de acuerdo al proyecto racional de las diferentes estructuras de dominación que los atraviesan y que se materializan con mayor profundidad en el ejercicio académico. No lidiamos, entonces, con actores sociales en el sentido de “gente que hace algo en un lugar”, ni mucho menos con agentes que, además, sean capaces de adueñarse de su espacio de interacción y enunciarse a sí mismos. Lidiamos con “sujetos de estudio”, con “casos”, “índices” o “proporciones”, a los que además luego les pondremos epítetos múltiples que son incapaces de incorporar otra voz que no sea la del científico y su saber autorizado: liminal, esquizofrénico, aborigen, primitivo, premoderno, desviante, por mencionar algunos. La persona vista a través de la ciencia no es un sujeto epistémico, apenas es un informante o un paciente.

Las cosas tornan un sentido aun más grave, considero, cuando hablamos de fenómenos mucho más amplios, como las guerras y los vaivenes económicos, políticos y sociales con los que abrí esta

exposición: esos siempre le ocurren “a alguien más”, o son de una naturaleza tal que es poco probable que le atañan al investigador de no ser por el interés científico. Es el “hágase la voluntad de Dios en los bueyes de mi compadre” de la ciencia, pidiendo también que cuando eso suceda no nos agarre muy lejos para alcanzar a ver de qué se trata. La violencia siempre le pasa a “otros”, la pobreza siempre es de “otros”, las desigualdades las padecen “otros”, las patologías sociales o psicológicas, las desviaciones, siempre son propias de los “otros” incapaces de enunciarse porque “no saben” como hacerlo. El saber autorizado de las ciencias y sus brazos operativos (los científicos) se yerguen como juez *in extremis* y desacreditan a toda voz, nulificándola. Un buen amigo mío, estudioso del suicidio, dijo alguna vez que los estudiosos del suicidio cuentan con una ventaja enorme respecto a otras áreas de estudio en referencia a su objeto de estudio, pues al estar muerto es incapaz de refutar todo aquello que dicen sobre él. Cuando la voz no se nulifica, se le pone el epíteto de “foclore”, “sentido común” o “lengua popular”, y es analizada como tal. El otro, pues, es visto como un subalterno, como alguien dominado por las hegemonías ideológicas y sus categorías surgidas de la intelectualidad orgánica (un nombre más políticamente incorrecto que el de “República de las Ciencias, por cierto), diría Gramsci en sus clásicos *Cuadernos de la Cárcel*, al cual además se le es negada toda capacidad de enunciación e historización, sustituyendo estas dimensiones por las occidentales, las aceptadas, las hegemónicas, lo cual convierte a los cuerpos, las mentes y los testimonios de estos otros en territorios colonizables (Prakash, 1994). O bien, diría Garfinkel, son idiotas culturales, que arrendan su testimonio al docto porque ellos *no saben* el sentido de su acción (Coulon, 1988).

¿Y qué pasa por consecuencia con los productos de la ciencia social y humana? Acaban por perder mucha de su capacidad explicativa, de su textura. Por eso luego nos resulta difícil explicarle a nuestros padres y amigos no-iniciados lo que hacemos y como lo hacemos, y no porque a un físico se le entienda a la primera cómo funciona el colisionador de hadrones, sino porque es capaz de decirnos exactamente para qué lo quiere: para descubrir el origen del universo. Eso, en mi opinión, es de lo más transparente. ¿Para qué sirven las tesis de posgrados en ciencias sociales o psicología social, que suelen abarcar a veces hasta impresiones en varios tomos? Muchas veces es difícil de determinarlo en un solo enunciado convincente, colaborando con la visión extraña e incompleta que socialmente se tiene sobre el quehacer del científico social y el humanista. Se nos acusa, como a Goffman, de hacer “tratados de lo obvio”, que nuestros métodos carecen de científicidad y rigor como le pasó a Bourdieu, que disfrazamos sesudas especulaciones con divertidas metáforas sobre lo social o lo psicológico como Lacan o Bauman, que hacemos antropología de sofá o de escritorio como Lévi-Strauss. Y mucho hay de eso, en la medida que no existe una práctica científica más sensible y cercana.

Con eso en mente, comienzo por terminar.

3. Saliendo del claustro

La ciencia parece no haberse movido mucho en los últimos años (y por “últimos” entiéndase unos 200) como para admitir que ha evolucionado a un esquema de búsqueda de la verdad y construcción del conocimiento radicalmente diferente. ¿Qué es la ciencia? En opinión de

Feyerabend, una especie de espectador incómodo e incomodado de la vida y de la ciencia, ésta última no es más que el mecanismo más refinado de dominación humana, pues dice algo que de suyo es muy cierto: la vida natural, la vida en sí, es contingente y generalmente caótica, sin reglas claras de estructuración más que las propias para su reproducción, ¿entonces por qué la ciencia, contrariamente, sí que las tiene y además resultan ser las más rígidas que se han inventado en la historia de la humanidad? (Feyerabend, 1986). Una de las grandes tareas de la ciencia clásica es la de restringir la subjetividad y sustituirla por datos puros y duros, de economistas, gestores y mercadólogos, ávidos consumidores de estadística e indicadores, pero a quienes en muy buena medida podemos culpar como los agentes provocadores de una parte de nuestro estado actual, y como dijo Touraine, a ellos no le podemos asignar la tarea de comprender nuestro mundo, ya muy ocupados están tratando de no romperlo más. Es esta ciencia y sus consecuencias la que se ha asumido como una estructura metasocial y metacognitiva que está antes y por encima de nosotros, pero como todas las de su tipo (todas esas reumáticas instituciones que aun siguen poblando nuestros tiempos) no son más que deteriorados mecanismos de control humano. Pero ojo, en tanto humano, no es eterno ni tiene una mayor posición que aquellos que la creamos y le damos sentido.

Yo creo que a estas alturas de la historia hemos trascendido a esto y hemos llegado al punto de madurez científica que nos permita hacer experimentos de la más diversa índole. Hay que superar esta idea esperpéntica que la sociedad y los individuos tienen por ciencia, ciencias sociales y humanismo, empezando el exorcismo por nosotros mismos en tanto brazos operativos de éstas disciplinas. ¿Cómo hacerlo? Vuelvo a Feyerabend y sus propuestas políticamente incorrectas: abrazando la anarquía como bandera epistemológica, no como una doctrina destructiva de todo cuanto se encuentre a su paso, sino como una orientación humana hacia el conocimiento y quienes lo tienen, es decir, hacia todos en la medida en que enuncian y dan sentido a su experiencia psíquica, individual y social (Feyerabend, 1986). La vida es anárquica, es divergente, más la vida social, las estructuras subjetivas y las psíquicas, y en la medida en que es así, como individuos nos valemos de las más diversas herramientas para hacernos de un lugar en el espacio, ¿por qué no así en nuestro desempeño científico y académico? En la vida todo se vale, en la ciencia, dice Feyerabend, “todo sirve” (Feyerabend, 1986). ¡Eso es anarquía! Porque en ciencia también echamos mano de artificios de orígenes muy diversos, porque lo de hoy es la multi e interdisciplinariedad que nos ayuda a agregar más complejidad a los 15 asuntos que intentamos explicar y comprender, porque “todo sirve”, hasta el error, para alcanzar nuestros objetivos analíticos, porque las reglas de la ciencia funcionan mejor y generan mayores cambios cuando se doblan o se rompen (y ahí están los ejemplos de gente tan disímbola como Einstein, Foucault y Watson y Crick).

Y el principal llamado en todo esto es a no perdernos en el camino. La investigación está llena de “conejos blancos” que de tan atractivos vamos tras de ellos sin pensar, cual Alicias posmodernas, a donde nos conducen. Seamos serios y sistemáticos, pero sobre todo implicados. Una ciencia que se precie de ser como la vida misma y que aspire a retratarla de manera rica y compleja debe ser capaz de establecer un vínculo íntimo y significativo con aquello a lo que se pretende acercarse. La

vida y sus contingencias nos rodean, y puede que no nos afecten en primera instancia, pero sus efectos llegan hasta nuestras costas como ondas de resonancia que nos alcanzan a tambalear. No somos ajenos a nada, y sea cual sea nuestro lugar en el espacio (como espectador, damnificado o investigador de un fenómeno) mi primer deber es ubicarme frente a éste en la perspectiva que se me exige. No podemos desprendernos de nosotros mismos como lo recomendarían los clásicos, pero sí puedo aprovechar eso para llevar a cabo un ejercicio científico más sensible y cercano. Necesitamos una ciencia científica, compleja, sistemática, informada, proyectiva, respetuosa, crítica, ética, consiente, vigilada, significativa, personal, colectiva y sobre todo libertaria para trascender a nuestro estado de las cosas, para transformar la perplejidad y el sentimiento de derrota que de repente nos asalta cuando la realidad se nos impone violentamente en acción, en ideas, en movimiento, en vida misma.

La invitación, pues, es clara: dejemos de ver a la ciencia y a su práctica como un requerimiento institucional con el que hay que cumplir, un requisito escolar o, pero, un deber supremo de iluminación universal. La ciencia debe ser un ejercicio lúdico, y el saber disciplinario una herramienta que nos permita conocernos y reconocernos en el mundo, con su gente, en nuestro contexto.

Muchas gracias.

- **Bibliografía**

BAUMAN, Zygmunt (1998), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Gedisa. España.

BERMAN, Marshall (1994), *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI Editores. México.

CASTEL, Robert (2010), *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Fondo de Cultura Económica. México.

COULON, Alain (1988), *La etnometodología*. Cátedra. España.

FEYERABEND, Paul K. (1986), *Tratado contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Tecnos. España.

MARX, Karl y Friedrich Engels (2001), *Manifiesto del Partido Comunista*. El Aleph. Argentina.

PRAKASH, Gyan (1994), "Subaltern studies as postcolonial criticism", en *The American Historical Review*. Vol. 99, no. 5, diciembre de 1994. The American Historical Association. Estados Unidos de América.

TOURAINE, Alain (2006), *¿Podemos vivir juntos? Iguales y diferentes*. Fondo de Cultura Económica. México.